



VENGA TU REINO
NOVENA



el
PADRENUESTRO

Diez lecciones
y una gran esperanza

Archbishop of York
Stephen Cottrell



VENGA TU REINO
NOVENA

Thy Kingdom Come: Novena
(Written by Archbishop of York Stephen Cottrell)
Copyright © 2025 Thy Kingdom Come.
Used with permission. All rights reserved worldwide.

Scripture quotations taken from The Holy Bible, New International Version® NIV®
Copyright © 1973, 1978, 1984, 2011 by Biblica, Inc.
Used with permission. All rights reserved worldwide.

New Revised Standard Version Bible: Anglicized Edition, copyright © 1989, 1995
National Council of the Churches of Christ in the United States of America.
Used by permission. All rights reserved worldwide.

Cover photo: Joris Visser (unsplash.com)
Photography provided by unsplash.com and stock.adobe.com.
Photos used with permission.



VENGA TU REINO
NOVENA

el
PADRENUESTRO



Diez lecciones
y una gran esperanza

Archbishop of York
Stephen Cottrell

Introducción

¿**P**ara qué sirve la oración?

Al escuchar las oraciones que se ofrecen en la Iglesia, podríamos pensar que el propósito de la oración es cambiar la voluntad de Dios. O quizás informarle a Dios lo que está sucediendo aquí en la tierra. Pero eso no puede ser correcto.

Justo antes de enseñar a sus discípulos la oración que llamamos el Padrenuestro, Jesús dice que Dios “sabe lo que ustedes necesitan antes de que se lo pidan” (Mateo 6:8).

En ese caso, “¿por qué orar?” O, para formular la pregunta de otra manera: “¿Para qué sirve la oración?” Bueno, quizás sea para cambiar *nuestra* manera de pensar.

El Padrenuestro es una educación en lo que es el deseo. Dios sabe lo que necesitamos, pero nosotros no. Esta oración nos enseña “qué desear” y “cómo vivir”, además de enseñarnos por qué y por quién orar.

En una reunión reciente de los Obispos en la Iglesia Anglicana de Inglaterra, nos dirigió la palabra por Zoom una joven activista climática de Uganda, uno de los lugares del mundo donde los efectos devastadores de la crisis

climática se sienten con mayor intensidad. Se le preguntó de dónde sacaba su visión y determinación. Respondió hablando sobre su fe cristiana, la narrativa de cambio esperanzador que proclama la fe y su vida de oración. Dijo que en la oración: “Visualizamos un mundo que no podemos ver con nuestros ojos.”

La oración es para Dios. Somos sus hijos e hijas y le ofrecemos nuestra alabanza y adoración. Reconocemos su soberanía. Buscamos sus caminos. Descubrimos su visión. Y oramos por otros, para que ellos también lleguen a conocerlo.

Este año *Venga Tu Reino* celebra su décimo aniversario. Durante diez años hemos estado orando: “*Venga tu Reino.*” En particular, cada año hemos estado orando por cinco personas que conocemos, para que lleguen a conocer a Jesús. Este año, mientras continuamos en esta peregrinación de oración, nos enfocamos en la oración que Jesús nos enseñó. Es la oración que nos enseña cómo orar y cómo vivir, la oración que contiene esta esperanza maravillosa: “*¡Venga tu Reino!*”

A medida que conocemos a Jesús, y mientras nuevas personas llegan a conocerlo, que el Reino de Dios cobre vida en ellas.

The Archbishop of York, Stephen Cottrell



Pray For Five

1

2

3

4

5

Dios es íntimo y santo

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

Mateo 6:9

Jesús nos enseña a llamar a Dios “Padre”.

Aunque sabemos que Dios no es ni hombre ni mujer, y aunque algunos de nosotros hayamos vivido relaciones difíciles con nuestros padres, o incluso experiencias de abuso, lo que Jesús nos muestra es que, aunque las relaciones humanas pueden fallarnos, Dios nunca lo hará. Nuestra relación con Dios es una relación hermosa e íntima, que se entiende mejor comparándola con la relación entre un padre amoroso y un hijo o hija profundamente amado y muy apreciado.

Todo esto está presente en la primera palabra del Padrenuestro: ¡Padre! Entre paréntesis, tanto en el arameo que hablaba Jesús como en el griego en el que fue escrito para nosotros en el Nuevo Testamento, “Padre” es la primera palabra.

En realidad, el orden de las palabras no importa, pero el orden de las relaciones sí. Al decir el Padrenuestro, nos colocamos en el

buen orden de esta relación amorosa e íntima con Dios.

Y, porque lo hemos dicho tantas veces, como ocurre con muchas otras partes del Padrenuestro, corremos el riesgo de dar por sentadas las palabras y pasar por alto el contenido radical de lo que estamos diciendo.

Sí, Dios es el Creador todopoderoso de todo.

Sí, Dios es el Juez justo que traerá todas las cosas a su cumplimiento y perfección al final de los tiempos.

Sí, Dios es asombroso y está más allá de nosotros, la fuente de todo, omnisciente y omnipotente.

Sin embargo, lo llamamos *Padre*. O incluso *Papá*. Porque una de las palabras que Jesús usa en los evangelios cuando ora al Padre es la palabra aramea *Abba* (ver Marcos 14:36), un



término tierno y afectuoso que usa un niño. Ahora sabemos que somos hijos e hijas de Dios y que el poder de Dios es el poder del amor.

Además de “Padre”, el Padrenuestro también dice que el nombre de Dios es *santificado*. El Dios que se nos revela en Jesús es a la vez el más íntimo y el más santo. Necesitamos comprender ambas realidades: la cercanía de

Dios y su majestuosa santidad.

Al orar por las cinco personas que conocemos, aquellas personas que anhelamos que lleguen a conocer a Jesús, pidamos que puedan conocer a Dios con la misma intimidad y confianza con la que un niño conoce al padre que lo ama, y como aquel que es el origen y el fin de todo.

Perteneceemos los unos a los otros

Padre nuestro...

Mateo 6:9

A sí como la primera palabra del Padrenuestro nos habla de nuestra relación con Dios, la segunda nos habla de nuestra relación con los demás.

No es *mi* Padre, ni *mi* Dios, sino *nuestro*.

Al decir esta oración, declaramos un profundo sentido de pertenencia mutua. De hecho, si cambiáramos la oración del plural a la primera persona singular, no solo la modificaríamos, sino que la destruiríamos por completo. Es una oración hermosa precisamente porque es *nuestro*, no *mío*.

No estoy pidiendo solo *mi* pan diario. No estoy pidiendo solo que se me perdone *mis* pecados. Eso sería intolerablemente egoísta. Sí, quiero orar por lo que necesito. Sí, necesito ser perdonado. Pero no debo separar mis necesidades de las necesidades de mis hermanas y hermanos. El Padrenuestro es una oración para que *todos* sean alimentados

y para que *todos* sean reconciliados con Dios y entre sí.

Por lo tanto, en esta palabra se revela el corazón radical de la fe cristiana. En Cristo, se reconfigura las barreras de separación y las distinciones de raza, etnicidad, sexualidad, género, clase, casta y parentesco, transformándolas en lo que el apóstol Pablo llama “una nueva humanidad” (véase, por ejemplo, Efesios 2:15).

La fe cristiana siempre nos desafía a acoger a los extranjeros, a amarnos los unos a los otros y a derribar barreras y vallas. Al decir siquiera esta sola palabra del Padrenuestro, nos comprometemos a demostrar en la tierra la hospitalidad radical de Dios. Esto no es fácil. Amar al prójimo incluye amar a los enemigos. No nos corresponde decidir quién está dentro y quién está fuera. Cada persona que dice esta oración es mi hermana y mi hermano.



Mientras oramos hoy por nuestras cinco personas, recordemos por un momento a todas las otras personas que también están orando. Venga tu Reino, especialmente aquellas en otras partes del mundo, con

necesidades y perspectivas diferentes. Somos una sola casa de Dios. Somos una nueva humanidad. Somos hermanas y hermanos en Cristo. Tenemos una responsabilidad los unos con los otros.

Dios tiene un propósito para nuestras vidas y para el mundo

Venga tu reino...

Mateo 6:10

El Reino de Dios no es un lugar. No puedes ubicarlo en un mapa. Sus fronteras atraviesan los corazones humanos. No es como los reinos del mundo. No se rige por el amor al poder, sino por el poder del amor.

Lo más extraño de todo es que es casi un reino sin rey. Sí, por supuesto, *llamamos* a Jesús “Rey de Reyes” y “Señor de Señores”, y Él es aquel ante quien toda rodilla debe doblarse. Pero también es el que se inclina para lavar nuestros pies (ver Juan 13:3-5); el que se humilla a sí mismo y fue obediente hasta la muerte (ver Filipenses 2:6-8); el que viene a nosotros como aquel que sirve (ver Lucas 22:27). Así que, cuando hablamos del Reino de Dios y oramos “Venga tu Reino”, nos referimos al gobierno de Dios en justicia y paz, para que el liderazgo con corazón de siervo que vemos en Jesús sea el sello distintivo del liderazgo en el mundo.

Por eso, Jesús nos enseña sobre el Reino y, en su propia vida y ministerio, nos muestra cómo es vivir como hijos e hijas del Reino de Dios.

Nos convertimos en ciudadanos del Reino de Dios por la gracia inmerecida derramada sobre nosotros en Cristo a través de su muerte y resurrección. Pero, como consecuencia de esa gracia, también somos llamados a vivir como Jesús. Así como Jesús es compasivo, misericordioso, hambriento de justicia y tiene un corazón de siervo, nosotros también debemos serlo y tenerlo. Así es como el Reino de Dios llega y sus fronteras se extienden.

Jesús mismo nos enseñó que debemos recibir este Reino como un niño, y que los niños son los más grandes en el Reino (ver Marcos 10:14-15).



Orar “Venga tu reino” es pedirle al Espíritu Santo que nos haga hijos de este Reino. No a un nivel infantil, sino con una confianza de niño en Dios, pues esta relación de padre e hijo es la característica fundamental de nuestra relación con Él. Por lo tanto, no buscamos nuestro propio camino ni un dominio sobre los demás, sino el de Dios.

Hoy pedimos esto no solo para nosotros mismos, sino también para nuestros seres queridos, para los líderes de las naciones y para todos los que tienen responsabilidad sobre otros, influencia o capacidad de decisión en los asuntos del mundo. Y también para las cinco personas que conocemos y que aún no conocen a Jesús.

La oración no se trata de intentar cambiar la mente de Dios, ¡sino al revés!

Hágase tu voluntad...

Mateo 6:10

La voluntad de Dios es como la nota musical unificadora que resuena en todo el universo y a la cual todo, cada uno de nosotros y toda la creación, debe afinarse para encontrar la armonía que anhelamos. Esta nota pivote es misteriosa y hermosa. Pero cuando la escuchamos, es irresistible. Y, como el mayor tesoro o la perla de gran precio, la buscamos (ver Mateo 13:44-45).

En una orquesta, cuando los músicos deben afinar sus instrumentos, el primer oboe sube al escenario y toca una nota a la que todos los demás deben ajustarse. De la misma manera Jesús viene a encarnar y revelar (1) la voluntad de Dios, (2) la forma en que Dios nos llama a ser humanos y (3) su misión de rescate para reconciliarnos con Él y entre nosotros.

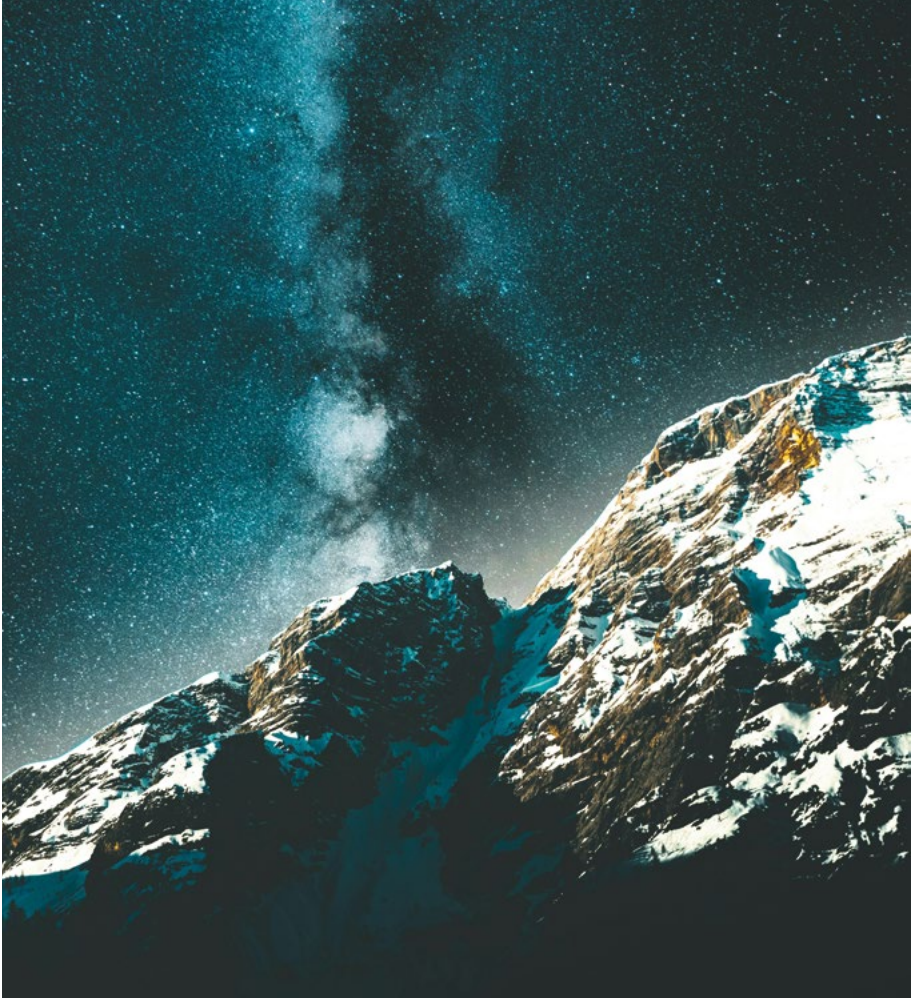
Lo que debemos hacer es sintonizarnos. Esto lo logramos escuchando a Jesús y aprendiendo de Él. Por eso, cuando oramos, aunque presentamos nuestras peticiones a

Dios y le llevamos todo (pues Él es nuestro Padre amoroso), la oración es, en esencia, un proceso de alineación de nuestra mente y nuestro corazón con la voluntad de Dios.

Rara vez sabemos qué es lo mejor para nosotros, mucho menos qué es lo mejor para el mundo. Abandonados a nuestra propia suerte, seguimos nuestro propio camino y construimos nuestros propios reinos.

Creemos saber más y lo que es mejor. Por eso, muchas veces nuestra oración suena como si intentáramos convencer a Dios de que se ponga de nuestro lado; como si quisiéramos cambiar su mente.

Pero, en realidad, es al revés. Dios quiere cambiarnos a nosotros. Y es a través de la oración, al sintonizarnos con su voluntad, que, por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros, somos transformados para encarnar la voluntad de Dios, tal como la



encontramos en Jesús.

Necesitamos que nuestro corazón y nuestra mente sean afinados a la voluntad de Dios. Esto no solo será buenas nuevas para nuestra vida, también es el único camino para encontrar una alegría y una paz duraderas.

También constituye muy buenas nuevas para un mundo confundido y en constante conflicto, donde los poderosos y los vengativos buscan sus propios reinos e imponen su propia

voluntad. Solo lo que vemos y recibimos en Jesús puede salvarnos. Por eso oramos: “Venga tu reino, hágase tu voluntad”.

Así que oramos para que las personas por las que intercedemos hoy, puedan encontrarse con la voluntad de Dios y comprenderla tal como ha sido revelada en Jesús. Y luego, que se sintonicen. O, sería más acertado decir, que estén tan abiertos a la gracia de Dios que sea Él quien los afine a la frecuencia del Reino.

La tierra debe ser como el cielo

En la tierra, como en el cielo...

Mateo 6:10

La primera parte de la oración del Señor concluye con una petición que refleja la gran visión bíblica de una nueva creación y una nueva humanidad, un nuevo cielo y una nueva tierra (ver Apocalipsis 21:1-2).

Esto a menudo se malinterpreta. La promesa del evangelio no es que nosotros subamos al cielo, sino que el cielo descienda a la tierra o, como lo describe el libro de Apocalipsis, una nueva creación.

Por lo tanto, todo lo que pedimos en oración se resume en la frase: “en la tierra como en el cielo”.

Que el nombre de Dios sea santificado *en la tierra como en el cielo*.

Que el reino de Dios venga *en la tierra como en el cielo*.

Que la voluntad de Dios se haga *en la tierra como en el cielo*.

La segunda parte de la oración nos muestra qué debemos pedir para nosotros mismos siendo ciudadanos del cielo.

A la mitad del famoso coro “Aleluya” del gran oratorio “El Mesías” de Händel, el coro vocal interrumpe sus frases triunfantes para declarar: “El reino del mundo ha pasado a ser de nuestro Señor y de su Cristo” (Apocalipsis 11:15). Esto también, como cada parte de “El Mesías” de Händel, es una cita de las Escrituras, nuevamente del libro de Apocalipsis. Es una declaración de la gran esperanza cristiana: un anhelo por el cielo. Y ahora entendemos que este cielo es una recreación y un reordenamiento de toda la creación, conforme a los propósitos amorosos de Dios. En esta nueva creación, Dios reina para siempre. No hay necesidad de sol ni de luna, porque Jesús es la luz. No hay templo, porque en Jesús ahora todos tenemos acceso a Dios. Lo adoramos en Él y a través de Él (ver Apocalipsis 21:22-23). Sus puertas nunca se cierran (Apocalipsis 22:24).



Cuando oramos Venga tu Reino, estamos orando para que la tierra sea celestial, para que las realidades del cielo sean visibles en la tierra y para que las personas por las que oramos también lleguen a cantar “Aleluya” y adorar al Rey siervo. Todo eso porque vislumbran la nueva creación y anhelan que sea establecida en la tierra.

Y también oramos por nosotros mismos: que el reino de Dios sea visible en nosotros; que la luz de Dios brille a través de nosotros; que nuestras vidas den testimonio de una tierra que es como el cielo y sean señales vivas que apunten a Dios.

Así se ve “lo que es suficiente” – y por qué importa

Danos hoy nuestro pan de cada día...

Mateo 6:11

Me llevó mucho tiempo comprender realmente de qué trata esta primera petición puntual en el Padrenuestro. En cierto sentido, puede referirse al pan de la vida eterna. De hecho, adquiere este significado cuando la pronunciamos justo antes de recibir la Santa Cena, como es tradición en la mayoría de las iglesias. Pero su significado básico es mucho más sencillo. Y muy difícil de vivir.

Significa: “Dame lo que necesito para hoy e impide que desee más de lo que me corresponde”.

Si este es el caso, entonces puede ser la oración más importante y radicalmente desafiante que jamás pronuncemos. Especialmente en un mundo y en un sistema económico que nos entrena y espera que deseemos más—no solo el pan de hoy, sino también el de mañana.

En Occidente, muchos de nosotros tenemos mucho más de lo que es suficiente. Y no parece importarnos si otros pasan hambre.

O si el planeta entero arde porque queremos carne barata todos los días y frutillas o fresas en Navidad.

Con urgencia la humanidad entera necesita aprender cómo se ve “lo que es suficiente”. No solo para que el mundo tenga alimento, sino también para que el planeta sea salvado.

Esta es la gran y desconcertante verdad de estas palabras. Cada vez que decimos “Danos hoy nuestro pan de cada día”, nos comprometemos a habitar el mundo de una manera diferente, reconociendo nuestra necesidad, pero también nuestra interdependencia con todos nuestros hermanos y hermanas en el mundo—y con la misma tierra.

Muchas personas en Occidente se preocupan porque ya no hay tantos jóvenes en nuestras iglesias. Se preguntan: ¿Será que es demasiado desafiante para ellos?



Yo creo lo contrario: no es lo suficientemente desafiante. Los jóvenes, tal vez esas cinco personas por las que estamos orando, pueden sentirse más atraídos por el llamado del evangelio cuando ven la claridad y la exigencia de seguir a Jesús y vivir como Jesús, y se animan a asumir el desafío de decir esta oración y tratar de vivirla.

Porque si pudiéramos decir estas palabras y

realmente creerlas, nuestra vida cambiaría.

Así que hoy oramos por quienes no tienen el pan diario y por quienes tienen demasiado. Ayúdanos a cambiar. Pedimos esto por nosotros mismos, con todo el terreno cedido al mundo secular, y por aquellos por quienes estamos orando, para que puedan encontrarse con el desafío radical del evangelio.

Todos nos perdemos a veces

Y perdónanos nuestros pecados...

Mateo 6:12 ¹

La palabra complicada “pecado” es una actualización de la palabra más antigua “ofensa”. Muchas personas e iglesias todavía usan la versión del Padrenuestro que habla de “ofensas” en lugar de “pecados”.

Ahora bien, “ofensa” es una palabra que puede ayudarnos a comprender mejor lo que significa esta petición en el Padrenuestro.

El verbo “ofender” puede usarse para describir la acción de cruzar un límite que no deberíamos cruzar, ya sea físico, emocional o social. Esta acepción se relaciona con la idea de invadir un espacio que no nos corresponde.

Esta también es una buena manera de explicar el pecado.

Se trata de ir en la dirección equivocada, de estar mal ubicado, de encontrarnos donde no deberíamos estar, de perdernos.

El pecado, entonces, no es solo lo que hacemos o decimos mal (aunque también lo es), sino que incluye las ideas equivocadas, llenas de odio y egoísmo, que se apoderan de nosotros y nos llevan por caminos errados, envenenando nuestro espíritu, incluso si nunca llegamos a actuar según esos pensamientos.

El pecado es más profundo y peligroso que simplemente hacer cosas malas. Es estar completamente perdido. Es alejarse mucho del camino de la bondad y la paz que Dios traza para nosotros. Y cuando estamos perdidos, cuando el lugar donde nos encontramos es oscuro, peligroso y devorador, lo que realmente necesitamos es a alguien que nos guíe de regreso a casa, alguien que pueda iluminar el camino correcto.

Toda la fe cristiana trata del gran amor de Dios por nosotros en Jesucristo, quien viene a un pueblo, a nosotros, que anda en tinieblas y en la dirección equivocada, y les resplandece con



una gran luz. Su muerte en la cruz, al asumir sobre sí mismo las consecuencias de todas nuestras ofensas, es la derrota del pecado, la muerte y la oscuridad.

Como el ladrón que clamó a Jesús en la cruz: “Jesús, acuérdate de mí” (Lucas 23:42), el Padrenuestro nos enseña a hacer lo mismo: “Perdónanos nuestros pecados. Ayúdanos a encontrar el camino correcto. Muéstranos en Jesús el camino que lleva a la vida. Ayúdanos a seguirlo”.

Un espíritu de remordimiento es nuestra respuesta correcta a la asombrosa

misericordia de Dios. Caminamos en su senda con un corazón humilde y agradecido.

Por eso oramos por corazones arrepentidos. Sabemos que la falta de arrepentimiento y la dureza de corazón a menudo nos impiden conocer y recibir a Cristo. Por eso también oramos para que aquellos por quienes intercedemos puedan detenerse, reconocer hacia dónde están yendo sus vidas, dar la vuelta y buscar el camino de Cristo.

¹ *Estoy usando las palabras del Padrenuestro que son familiares, pero la palabra original en la Biblia no es “pecado” ni “el mal que hemos hecho”, sino “deuda”.*

Damos desde la abundancia de lo que hemos recibido

... así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Mateo 6:12²

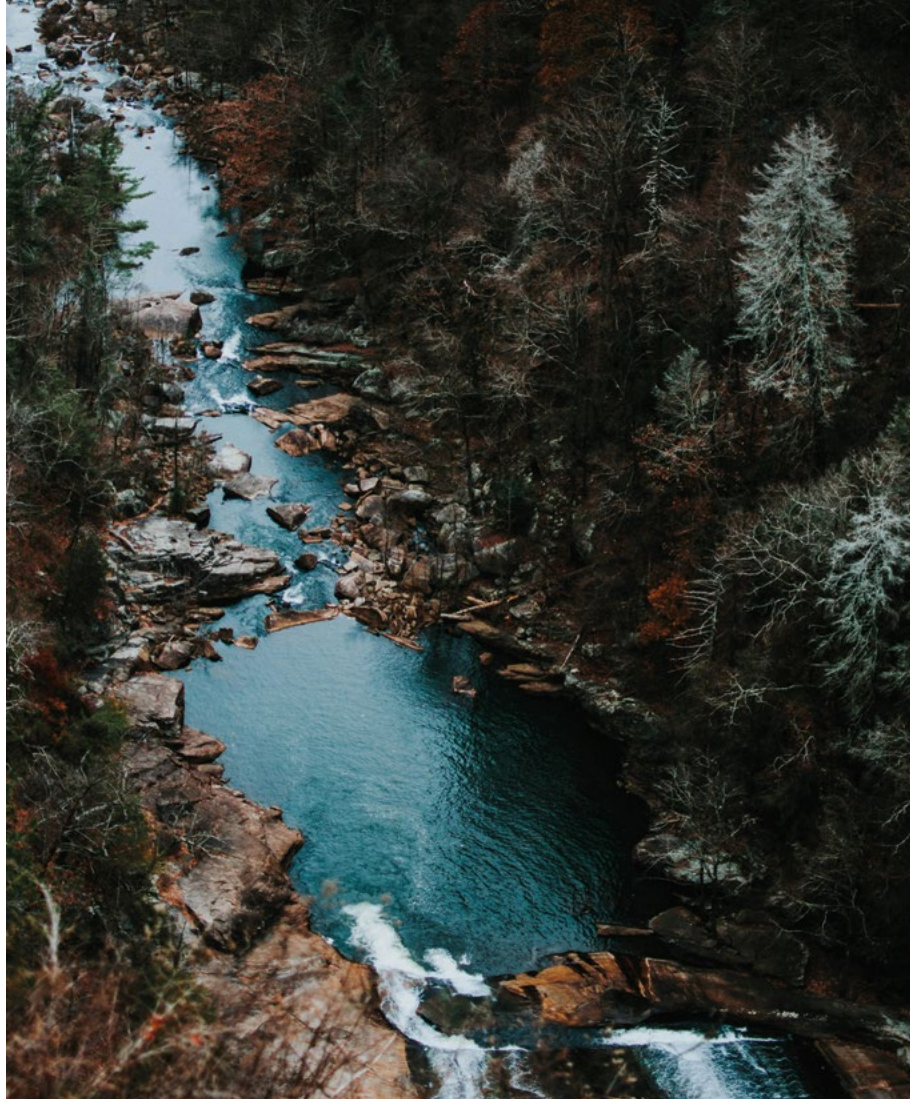
Bienaventurados los misericordiosos,” dijo Jesús, “porque ellos recibirán misericordia.” (Mateo 5:7) A lo cual podríamos agregar: “Bienaventurados los que reciben misericordia, porque serán misericordiosos con otros,” pues esta es la única petición en el Padrenuestro que viene con una condición: “Perdónanos nuestras deudas, *así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.*”

Esto es difícil. Nos gusta la idea de que nuestros pecados sean borrados. Nos agrada menos la idea de ofrecer esa misma misericordia a otros. Y, de todos modos, ¿significa esto que la víctima debe perdonar a su opresor o abusador? ¿Y qué pasa si estas personas no muestran ningún signo de arrepentimiento? No estoy seguro de si podría hacerlo yo, y parece que se abarata el perdón cuando se otorga a quienes no muestran ningún remordimiento. Sin embargo, Pablo nos recuerda que Jesús murió por nosotros, reconciliándonos con Dios “cuando todavía éramos pecadores” (ver Romanos 5:2),

es decir, cuando aún no éramos penitentes, cuando ni siquiera conocíamos la gracia y la bondad de Dios, mucho menos la buscábamos.

Así que, sigue siendo cierto que, en Jesús, toda persona recibe la oferta del don liberador del perdón. Y quizás nuestra mejor y más honesta respuesta al desafío de esta petición en el Padrenuestro es asegurarnos de estar preparados para ofrecer perdón y buscar caminos de verdad y reconciliación, para que haya honestidad, entendimiento y arrepentimiento. De esta manera, estamos alistados para dar a otros la misericordia que sabemos que necesitamos y que hemos recibido con gratitud. No hay otra forma de romper el ciclo de represalia y venganza que alimenta los conflictos y conquistas en el mundo, endureciendo a las personas unas contra otras y creando solo más miseria y violencia.

Por lo tanto, no podemos pedir perdón sin



también orar por la gracia de ser perdonadores. “¿Cuántas veces?” preguntó Pedro a Jesús. “¿Hasta siete veces?” “No,” respondió Jesús, “hasta setenta veces siete.” (ver Mateo 18:21-22).

Así que, siga pidiendo perdón.

Siga estando dispuesto y preparado para dar ese perdón a los demás.

Dios generoso y perdonador, limpia nuestros corazones y perdona nuestros pecados, y prepáranos para perdonar a otros. Oramos especialmente para que más personas te conozcan y reciban tu regalo del perdón, especialmente por las cinco personas por las que estamos orando en este momento.

² *De nuevo, la palabra original en la Biblia es “deuda”.*

Dios siempre está con nosotros

No nos dejes caer en tentación, sino líbranos del mal...

Mateo 6:12

Cuanto más profundizamos el estudio de esta oración, más desafiante la encontramos, más difícil se vuelve vivir la vida que Dios nos muestra y más fácil resulta alejarnos y vivir solo para nosotros mismos. Por eso, el Padrenuestro termina con: “No nos dejes caer en tentación”—o en otra versión, “No permitas que cedamos ante la tentación,”—“y líbranos del mal”.

“El Señor es mi pastor, nada me faltará”, comienza el Salmo 23, otro texto muy famoso y hermoso. “Aun si voy por valles tenebrosos, no temeré ningún mal porque tú estás a mi lado; tu vara y tu bastón me reconfortan.” (Salmo 23:4).

Cuando oramos, como debemos hacerlo cada día, “No nos dejes caer en tentación, líbranos del mal”, estamos reclamando la protección de Dios, quien es nuestro Pastor y camina a nuestro lado en todas las trampas y tentaciones de la vida.

Sin embargo, dado que Dios nunca nos llevaría realmente a la tentación (¡eso es algo que todos los demás harán!), algunos han comentado que esta petición parece extraña. Pero tal vez la mayor tentación de todas sea imaginar que no necesitamos a Dios; que podemos arreglárnoslas solos, confiando solo en nosotros mismos, hasta llegar al punto de dejar de creer en Dios y creer únicamente en nosotros.

Oh, pero ese es el camino que conduce a todo tipo de males. Más bien, el Padrenuestro nos invita continuamente a ser implacablemente y escrupulosamente honestos ante Dios. En realidad, lo que estamos pidiendo es: Señor, ayúdame cuando sea tentado. Porque eso sucederá con frecuencia.

Existen muchas otras formas de vivir la vida. Hay muchos otros caminos que podemos tomar. Pero en estas palabras finales del Padrenuestro le pedimos a Dios que nos guíe



por el camino que lleva a la vida, y lo hacemos con las palabras de Jesús, quien nos dijo que Él mismo es ese camino (ver Juan 14:6).

Dios firme y fiel: en medio de todas las trampas y tentaciones de la vida, guíame

por el sendero de la vida eterna, sálvame del mal y, cuando me desvíe, encuéntrame y tráeme de regreso a casa. Oh Buen Pastor, protégame. Y no solo a mí, sino también a todos aquellos a quienes amo y por quienes oro hoy.

Dios nos invita a participar

**Porque todas las cosas proceden de él, y existen por él y para él.
¡A él sea la gloria por siempre! Amén.**

Romanos 11:36

Cuando decimos el Padrenuestro, casi siempre terminamos con la frase: “Porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.”

En realidad, estas palabras no aparecen en la versión de la oración que Jesús enseñó a sus discípulos, pero, como podemos ver en la cita de la carta de Pablo a los Romanos, están basadas en varios textos bíblicos que atribuyen a Dios el poder y la gloria, y que siempre terminan con la palabra “Amén”.

“Amén” significa “Estoy de acuerdo”. Por lo tanto, probablemente sea la palabra más desafiante de toda la oración. Es como si estuviéramos poniendo nuestra firma al final de esta oración y, al afirmar nuestro acuerdo, nos comprometiéramos a hacer algo al respecto. Pero, ¿realmente lo hacemos?

¿Estamos dejando que esta oración moldee

nuestra vida? De verdad, ¿estamos de acuerdo o solo seguimos la corriente, diciendo “Amén” sin la intención real de cambiar nuestra manera de vivir conforme a lo que esta oración nos indica?

Por esta razón, en otra ocasión he dicho que quizá el Padrenuestro debería venir con una advertencia: “Ten cuidado al decir esta oración, a menos que estés dispuesto a cambiar.”

Cuando digo “Amén”, estoy diciendo que estoy de acuerdo en que tengo responsabilidades hacia mi prójimo. Estoy de acuerdo en que debo buscar el Reino de Dios y su voluntad, y no la mía. Estoy de acuerdo en que debo dejar de desear siempre más. Estoy de acuerdo en que soy un pecador que necesita la gracia de Dios y en que debo estar dispuesto a ofrecer esa gracia y perdón a los demás. Estoy de acuerdo en soltar mi deseo de poder y mi búsqueda de gloria, y en seguir



con humildad el camino de Jesús. Él me enseña estas palabras para que sepa cómo orar y cómo vivir.

Dios de amor, enséñame a orar. Ayúdame a vivir en paz contigo y con mi prójimo, y

a conocer tu voluntad para mi vida. Abre mis labios para que proclame tu alabanza. Acompaña a quienes amo, especialmente a las personas por las que estoy orando hoy, para que también te conozcan. Ayúdame a decir “Amén” y a vivir de acuerdo con ello.

Ven, Espíritu Santo

Hoy es la gran fiesta de Pentecostés, la celebración del Espíritu Santo.

San Pablo dice: “... todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.” (Romanos 8:14). Hemos recibido un espíritu de adopción. Por eso, cuando clamamos “Abba, Padre”, el Espíritu mismo asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. (Romanos 8:15b-16).

Pablo continúa: “en nuestra debilidad el Espíritu acude a ayudarnos” (Romanos 8:26). Y en esos momentos en los que no sabemos cómo orar, este mismo Espíritu “intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras” (Romanos 8:26b).

Esto es algo asombroso y liberador.

Dios es nuestro Padre. Fuimos creados con una maravillosa diversidad dada por Dios, con todas nuestras lenguas y culturas, y todos somos hijos de Dios.

El Espíritu ora dentro de nosotros, especialmente cuando encontramos difícil la oración. Y la primera palabra que nos da el Espíritu es la palabra de apertura del

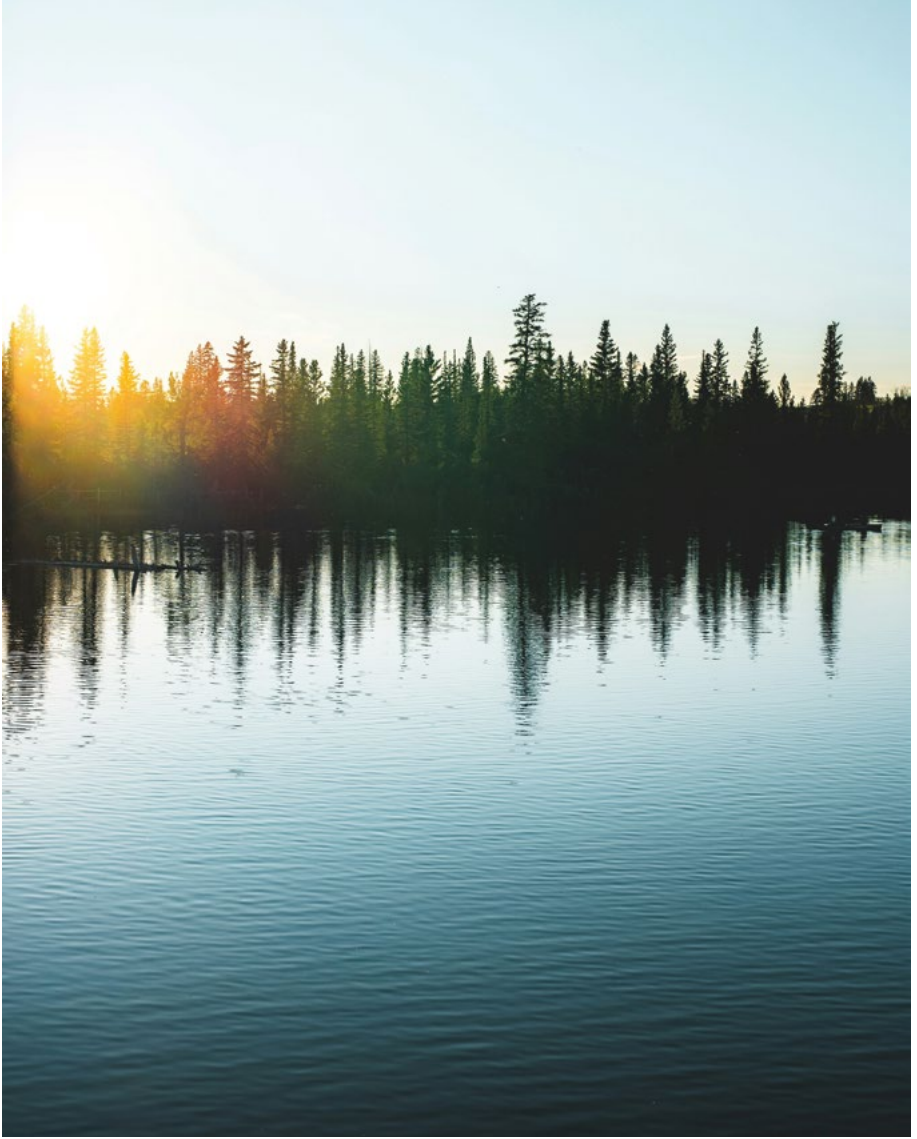
Padrenuestro.

Así que, en esta gran fiesta del Espíritu Santo y al concluir nuestro recorrido por el Padrenuestro, recordamos con humildad que la oración siempre es obra del Espíritu Santo en nosotros.

El Espíritu Santo guía y dirige, abre corazones y mentes, y capacita a toda la iglesia para hablar los diversos idiomas del mundo, con la finalidad de que todos, en cada lugar, contexto y cultura, puedan escuchar el evangelio de paz.

Por eso es tan hermoso adorar junto a personas de otras lenguas y culturas. Cuando oramos el Padrenuestro juntos, cada uno lo dice en su lengua materna. Es un pequeño anticipo de Pentecostés. Decimos lo mismo, pero en el idioma de nuestro corazón. Voces diferentes se unen en una sola.

Es una gran verdad del evangelio: todos los que dicen esta oración son mis hermanas y hermanos. Y por aquellos que aún no la conocen, las personas por las que hemos estado orando durante estos Nueve Días de Oración por Venga Tu Reino, pedimos



fervientemente que lleguen a conocer a Jesús y hagan suyas sus palabras.

Oramos por esto, porque sabemos que es lo mejor para estas personas que amamos. Pero también sabemos que es bueno para el mundo. El Espíritu Santo siempre está extendiendo los límites del Reino, trayendo

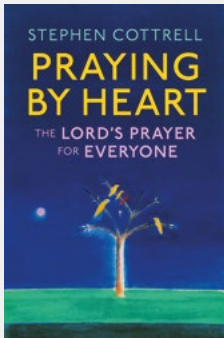
personas a Jesús y traduciendo el lenguaje del evangelio a los idiomas y culturas del mundo. Para que todos crean y para que la iglesia y el mundo sean uno.

**Ven, Espíritu Santo, habla y ora en mí.
Úsame para la edificación del Reino de Dios en el mundo.**

Epílogo

El Padrenuestro es la oración más conocida y repetida en el mundo, pero quizás la menos comprendida. Lo decimos, pero ¿realmente lo sentimos?

Si has disfrutado explorando el Padrenuestro durante los últimos diez días, he escrito otros dos libros que podrían serte útiles:



Praying by Heart, the Lord's Prayer for Everyone [Orar de Corazón: El Padrenuestro para Todos]

(en inglés) es un libro para adultos que incluye material de estudio para grupos pequeños.



The Lord's Prayer, A Beginner's Guide [El Padrenuestro: Una Guía para Principiantes]

(en inglés) es un libro ilustrado para niños y familias que explica el significado del Padrenuestro de manera amigable y accesible.



thykingdomcome.global